

De los olivos cenicientos,
leña catedralicia,
pila de aceite
fossilizada
desafiando
los rigores del tiempo,
nacieron
Tata Vasco
y Tata Lázaro.
Los de Paracho
afinan sus violines
y pájaros
de embalsamados trinos
cambian de postura
en el cielo derribado
del pino;
en Santa Clara del Cobre
baten el sol
en escudillas
para entregarte
el resplandor de sus rayos:
avispas fragmentadas
en el túnel intermitente
de la hoguera.

Los de Janitzio,
en redes
de pescado blanco
y pantanos de lirio,
hacen sonar
sus esqueletos de madera;
los de Uruapan

sus códigos de laca
y los de Pátzcuaro
el oro volador de sus bateas.

En Jiquilpan,
patria de presidentes,
naciste
y ellos te bautizaron:
nuevo obispo de Quiroga,
Tata Lázaro.

VII

CUANDO CÁRDENAS LES DIO LA TIERRA

Cuando Cárdenas les dio la tierra
sólo hizo un acto de justicia.

Con la tierra devolvió al campesino
la confianza en los hombres.

No importa que más tarde mercaderes del templo
de la tierra comerciaran con ella.

Que manos de canallas estrujaran
la matriz paridora para arrancar sus frutos.

Que acapararan kilómetros de planeta
interminables como la paciencia de Job.

Que los banqueros encerraran las cosechas del crédito
en los graneros sin sol de las cajas fuertes.

Que el precio de su amorosa posesión
fueran los rojos calimbo de la sangre de pueblo.

No importa, Cárdenas les devolvió
la confianza y la tierra.

VIII

Y LOS VENEROS DE PETRÓLEO... CÁRDENAS

Rosa negra,
espesa rosa
de oro líquido;
pestífera, animal
rosa secreta
germinando en matrices
geológicas;
brotas
como
una
larga
polución
diabólica
del huevo prehistórico:
lluvia de semen negro;
vergajos de diamante
desfloran
el resistente himen
de tu entraña;
pequeñas torres Eiffel
señalan el lugar
de tu nacimiento.

Oscura fuerza
maniatada
por manos extranjeras;
diáfano impulso
esclavizado
por bandoleros y piratas;
energía elemental
encadenada a la piedra
porosa del progreso.
La fecha de tu liberación,
sierva manumitida
del holandés
y el gringo,
es Ley Hortensia
para la plebe mexicana:
¿Hace falta decir
el nombre del tribuno?

IX

LA DE RAÍCES IRRITADAS

No a la tierra
espesa,
de ovarios ávidos,
de ancha vagina
paridora
de frutos;
no a la prolífica
madre
de sementeras
que agita,
hasta volverlo ala,

el alamar de oro
de la espiga;
no a la que traza
sobre el surco
del viento
la franca sonrisa
campesina del maíz,
o dormita en el blando
colchón
de los algodonales
esteparios;
no a la fértil
incubadora de semillas,
con polvos de arroz
y pétalos de harina;
a la otra,
a la dura
y sangrienta
piedra de sacrificios,
a la caliza
chupadora de hombres;
a la arenosa
panorámica palma
de la mano desértica,
sin amorosos montes
ni líneas de la vida;
a la tierra de matriz desviada
con fibromas de ixtle
y malignos tumores de salitre;
a la patria del escorpión
y la tarántula,
residencia

de la víbora cascabel
y la hormiga valmika.
A la de raíces
irritadas
por
la
hoja
curva
de
la
hoz campesina.

A esa amó,
el general agrario,
más que a ninguna.

x
LOS POEMAS PEDAGÓGICOS

De tu mano salieron,
Tata Lázaro,
los poemas pedagógicos
de las escuelas;
en Palmira creció,
esbelta
y
tipográfica
la
primera
palmera
del alfabeto;
el arado y la letra
roturaron

las parcelas del campo
soñadas por maestras,
y el polen,
germinada estructura de la planta,
pobló la punta del alfiler
de bosques microscópicos;
la tierra adolescente
amaneció cubierta
de finísimo vello
ante el azoro
de los collares del rocío:
albuferas hirvientes
de infusorios,
y en el amanecer del mundo
estableció su magisterio
el semental que rasca
con sus pezuñas pedernales
la tierra del planeta.

XI

LOS HOMBRES QUE CONGREGÓ LA MUERTE

Con sus manos
de abeja
tejieron
los huicholes
los panales
de estambre metafísico
de
los
ojos
de
Dios

y depositaron el perfume
de funerarias coronas
en el sangriento universo
de chaquiras
de jícaras votivas;
los tarahumaras,
a lomos
de
peyote,
bajaron
por
el
espinazo
de
la
sierra
para traer
su ofrenda:
cecina embalsamada
de venado
y puños de pinole;
de Yucatán
los mayas
trajeron,
sobre los sillares calizos
de sus anchas cabezas,
musicales fundaciones de pájaros
y cestas rebosantes
de panes y de ideas;
los lacandones
las lianas puntiagudas
de sus flechas,

que custodian
las pinacotecas
prehispánicas
de la selva;
los mijes y los popolocas,
allá por Tilantongo,
desanudaron
al Mixteco Nudo
para tender
la bordada mantelería
de la sierra oaxaqueña;
los chamulas
sólo aportaron
su astronómica
borrachera de siglos,
y los triques
y los seris
su perpetua miseria.

Los hombres que dispersó
la danza
fueron congregados,
de nuevo,
por la noticia
de tu muerte,
¡Tata Lázaro!

XII
Y UN VERANO DE PALOMAS CIVILES...

General de la paz,
brilla sobre tu frente
el amoroso silogismo
de Bertrand Russell;

en tu sonrisa duerme
una paloma de Picasso
y cae sobre tus hombros
la túnica de Gandhi.
General de la paz,
habita tu corazón
el violonchelo libertario
de Pablo Casals,
y en las manos sostienes
la Biblia de Martín Lutero Rey
y los poemas de Lumumba;
caminas al filo del horizonte
calzando las botas de siete leguas de Juan XXIII
cuando sólo era el sargento Ángelo Roncalli.

XIII
GENERAL DE LA PAZ

Lázaro Cárdenas,
tu nombre evoca
resurrecciones evangélicas;
sabe a pan campesino tu palabra
y un verano de palomas civiles
vive en el fondo claro
de tu mirada.

Torreón, Coah.,
19-21 de octubre de 1970

El perro consentido del señor presidente

EL PERRO CONSENTIDO DEL SEÑOR PRESIDENTE

1

EN LOS JARDINES de la Casa Blanca
fue el lubricán de sombras.
Un trágico accidente —decía la diligente
Press International— ha llenado de luto
el corazón inmenso del señor presidente:
Him, su perro consentido, ha muerto.
Washington, a dieciséis de junio,
de este año de ceniza y de sangre,
de silencio y de duelo.

2

Corrió Lynda (jardines kilométricos
de pasto inglés podado,
con rosales esmerados y cultos
que declinan sus rosas en latín
cíceronianamente clásico,
y exhalan

—¡Oh Racine, oh Voltaire!—

delicado perfume afrancesado;
corría Lynda —decíamos—
(Lynda, hija de Lyndon,
el presidente Johnson),

hasta la casa inmaculadamente blanca
donde mora su padre,
a llevarle la terrible noticia
del accidente infausto.

3

Suspendió el presidente su tarea
como si algún mortal martillo
le hubiesen descargado en la cabeza.
Menos estrago hiciera la espada
— metálica y eléctrica — del rayo
en un redil de ovejas.

4

Señores, perdonad un momento
—dijo el monumental tejano—
un asunto muy grave reclama mi presencia
en los jardines del condado,
Him, mi perro consentido, ha sido...
—que los hados perdonen al nefando—
(y en sus ojos serenos y nublados
brilló un relámpago de llanto)
ha sido... atropellado.

Excusad estas lágrimas
que son metal ardiendo.

5

Lyndon Johnson lloraba
largas lágrimas lentas,
tiernas y azucaradas como de azul colirio,
en los jardines de la Casa Blanca.

6

Llegó hasta donde estaba el perro agonizando.

— *Sic transit gloria mundi* de los perros —
este perro pachón no se privó de nada:
de haber vivido en tiempos de Calígula
hubiera sido, por lo menos, general
de una armada de canes invencibles.
¡Oh perro pecador, sultán de la perrada!

7

El perro lo miró con esos ojos sabios
con que miran los perros — moribundos
y leales — los ojos de sus amos.

Como de perro a perro se miraron
y hubo un largo silencio de animales.

(No fue más expresivo Homero en la *Odisea*.
El canto XIX es genial anagnórisis de canes).

8

Him, el perro cazador de la familia Johnson,
había sido adiestrado para cazar, en excitantes
cacerías, codornices de plumas agrisadas
y veloces ardillas. Him, el perro cazador,
tenía un hermoso hocico, babeante y rojo
como vagina de mujer, y una nariz redonda y afelpada
como los higos chumbos de la erecta mamila;
los grandes ojos, ambarinos y lentos,

eran hondos panales de dulzuras meladas,
y su pelo más suave que las suaves pantuflas
donde enfundaba Johnson sus pies presidenciales;
sus orejas, más finamente vibrátiles y eróticas
que las prendas de nylon transparentes
que Lady Bird usaba — nueva Helena de Washington
y Troya — en las broncas batallas maritales.

9

Como estatua cansina se pone en movimiento,
el presidente Johnson removió sus recuerdos:
— relámpagos de junio — palmeras balanceaban
sus largos cuellos juntos: jirafas vegetales
girando sus cabezas despeinadas de aire.

Pesaba en sus espaldas de presidente electo:
un perro atropellado y un presidente muerto.

10

Lyndon Johnson lloraba
largas lágrimas lentas,
tiernas y azucaradas como de azul colirio,
en los jardines de la Casa Blanca.

11

No se movió ni una polilla
de su arrugado corazón tejano,
cuando le dieron a conocer la cifra exacta
de sus muchachos sacrificados
en el Vietnam del Norte

en defensa de nuestra democracia:
400 mil señalaban modestos cómputos oficiales;
en Kontum, por ejemplo, apenas perecieron
unas cuantas centenas
de jóvenes paracaidistas militares
transformados en humo y en ceniza,
en brasas, en escoria y en estiércol de guerra.
Sin contar, por supuesto, los civiles:
los hombres, las mujeres,
los niños, los ancianos,
hechos añicos por las bombas que arrasaron
ese desventurado país de la infratierra.

12

Estudiantes de secundaria asesinados,
adolescentes quemados con napalm
(gelatina incendiaria que se pega a la carne
como la roja estrofa de un poema dantesco)
¡Oh florentino necio que soñaste minúsculos infiernos,
purgatorios enanos a la medida de tus sueños.
El más modesto de los generales del Pentágono
supera los horrores de tu *Comedia* divinamente
cómica y humana!

13

No hubo un Virgilio de los canes
que condujera a Him por los embudos
de la infernal morada,
pero de una cantera travertina
se extrajo el mármol rosa

para honrar, en perro de excepción, a la perrada.
La sociedad canófila presentó sus respetos
al abatido mandatario.

14

Como en una Piedad, Him descansaba,
exangüe la cabeza, sobre la mano virginal
del gran tejano. El cielo era una máscara
del duelo y el corazón: gotero de dolor, sangraba...

15

Lyndon Johnson lloraba
largas lágrimas lentas,
tiernas y azucaradas como de azul colirio,
en los jardines de la Casa Blanca.